

## El Salvador Blanco

RESULTARÁ tal vez redundancia, o vana prolijidad, o escrupulosidad excesiva, escribir un artículo, por fuerza demasiado grave, sobre una notícula ligera. Pero no se hallará demás el exceso cuando se piense que la notícula en cuestión aparece en el último número—último para mí porque es el correspondiente a enero de este año—de tan importante revista como es la *Revista de Occidente*, de José Ortega y Gasset, quien dirige también la «Biblioteca de ideas del siglo XX», como en otra parte digo, prestando con ambas publicaciones un incalculable servicio a la cultura literaria y filosófica de nuestro mundo hispano-parlante.

Semejante notícula desentona en una revista siempre nutrida de substancia alquitirada y selecta. Y si no armoniza con el restante material de la revista, no hace tampoco buena figura entre lo producido por su autor, el señor Baeza, de quien he leído trabajos que están muy bien, para expresarme a la manera que suele hacerlo Ramón, el maestro de las greguerías, desde lo alto de su peña de Pombo.

Califico la notícula de ligera, porque, así como se da a entender en la misma, su autor trata de una obra de Hauptmann por lo que de ésta ha oído o leído que dicen o escriben no sé qué periodistas o críticos de Viena. Por otra parte implica una información inexacta y, en la *Revista de Occidente*, eso está mal y es un absurdo. Así, afirma que *El Salvador Blanco* de Hauptmann se acaba de estrenar en Viena, lo que puede ser verdad para Viena, pero que escrito, como parece estarlo ahí, de un modo absoluto, es falso. La tragedia o fantasía dramática de Hauptmann se estrenó en Berlín hacia fines de 1919 o a principios de 1920. El que esto escribe la vió representar en abril de 1920 en el Grosses Schauspielhaus de Berlín y, cuando asistió a esa representación, poseía ya un ejemplar de la obra impresa. No se llama tampoco *Der weisser Erloser*, lo que—aparte la mala construcción, pues la lengua alemana exige escribir *Der weisse Erloser* y no *Der weisser Erloser*—no podría traducirse *El Salvador Blanco*. En alemán su verdadero título es *Der weisse Heiland*.

Sorprendíame en verdad que no se hubiera dado hasta hoy en España ni en América noticias de esa obra, no sólo por ser del gran poeta y dramaturgo tudesco, autor del admirable poema dramático de «La Campana Sumergida»—*Die versunkene Glocke*—y, entre otros muchos, del célebre drama de «Los Tejedores»—*Die Weber*—escrito en pintoresco alemán de Silesia, sino sobre todo por ser el de su última obra asunto de raíz ibérica, según dice el señor Baeza, o más bien, si el señor Baeza permite, iberoamericana. Pero al mismo tiempo me explico lo erróneo y tardío de la información, considerando que, si ya antes de la guerra apenas teníamos en España y en la América

española conocimiento de la cultura alemana, literaria y científica, por lo que de esa cultura se permitía filtrar a través de las traducciones francesas, después de la guerra tal conocimiento es nulo o poco menos, ya que, además de faltar las traducciones, hay en el propio territorio alemán aduanas francesas muy rígidas.

El asunto de la tragedia es el de la conquista de México y particularmente la tragedia de Moctezuma, emperador, no rey como escribe el señor Baeza. Desconsuela y pasma al autor de la notícula que sea un extranjero y no un español—¿por qué no un hispano-americano?—quien explote un asunto de raíz tan ibérica. Es maravilla, en efecto, que a pesar de haberlo denunciado algunos en más de una oportunidad, españoles e hispano-americanos hayamos pasado indiferentes junto a ese gigantesco filón de oro que es la historia de la conquista. Ahí el material nativo espera, pronto a rendirse al esfuerzo de las manos que lo trabajen y apuren, y en tanta copia como para labrar, en verso heroico o en límpida prosa castellana, todo un ciclo de tragedias, poemas o novelas, a manera de un collar de soles en los que seguirían resplandeciendo en la literatura, con episodios de viva y soberana belleza, tanto hombre de pensamiento y de acción, de empresa y de presa, políticos o misioneros, bandoleros o héroes, grandes capitanes o aventureros depredadores, desde Hernán Cortés hasta Lope de Aguirre. Pero consuélase el señor Baeza, como yo, por el poquitín que a título de hispano-americano me correspondé, ya me consolé, con una observación de Spengler que, dispensándome a mí de hacerlo, contesta dos apreciaciones de la notícula, nada justas. El hecho de haber escogido Hauptmann un tema histórico del pasado no tiene qué ver con los años del autor, aun menos con tradición alguna de la dramaturgia germánica. El carácter histórico no es exclusivo de la poesía trágica tudesca. Pertenece a la tragedia de Occidente en general, así se trate de alemanes como de ingleses y franceses, desde Shakespeare y Racine hasta nuestros días. Todos han situado la acción de la mayor parte de sus tragedias fuera de su patria y de su tiempo: Racine en la Grecia de la antigüedad, Shakespeare en Francia, en Italia sobre todo, o en algún vago paraje más o menos balcánico, de la región que se extiende de la antigua Iliria a Bohemia, para no mentar el feo nombre que lleva hoy el país del señor Benés. Tal carácter se explicaría por la tendencia del alma occidental o *fáustica* al espacio ilimitado, a la perspectiva, y por consiguiente a la lejanía, con lo que, evitando las asperezas y fealdades de lo contemporáneo y actual, se obtiene para la obra esa pátina que sólo el tiempo da a estatuas y edificios.

No se necesitaba, sin embargo, conocer la observación ni la teoría spenglerianas para

acertar con el por qué de la elección de Hauptmann. El poeta escribía durante la guerra o inmediatamente después de la guerra y era de esperarse de tan sumo artista que sorteando los escollos de la actualidad, buscara en el pasado un símbolo digno de expresar lo trágico del presente.

No sé como a la crítica, aun a la misma que sólo de oídas conoce *El Salvador Blanco*, ha podido escapar el soberbio simbolismo de la obra. No recuerdo si algunas tiradas adolecen de excesiva longitud y lirismo, según el parecer que de críticos vieneses apunta el cronista español, ni entiendo muy bien lo que significa exceso de lirismo en esta clase de obras poéticas: sólo sé que, a su simple lectura, y todavía más cuando los oí en boca de buenos actores, encontré los versos de la tragedia henchidos de un hondo significado. Ni siquiera es necesario tener cuenta de la evangélica y dolorosa figura central de Moctezuma, trazada de mano maestra, ni de su patética desesperación en que la tragedia culmina, para sentir en su plenitud la tragicidad y el simbolismo de *El Salvador Blanco*. Recuérdese, entre otros, el pasaje en que de cuando en cuando, a modo de estribillo, vuelve y restalla, desgarrando las carnes como una fusta, aquel verso fatídico:

*¿Was bedeutet Menschenblut? (1)*  
¿Qué importa la sangre humana?

Moctezuma, Hernán Cortés, los demás personajes de la tragedia y la misma conquista de México se desvanecen borrosos en la profunda lejanía, para quedar, únicos y verdaderos personajes, uno frente a otro, ese verso como una fuerza que surgiera de más allá del espacio y del tiempo, fatal y formidable como el destino, y el oyente que, sobrecogido, no puede menos de asociar a la música siniestra del verso la imagen de la sangre de millones de alemanes, franceses, rusos, ingleses, italianos y hombres de todas partes que todavía empurpura las viejas campiñas de Europa.

En la tragedia misma cada uno de los personajes puede interpretar ese verso conforme a su propio ideal, más o menos generoso y humano, más o menos egoísta. ¿Qué importaba a Hernán Cortés la sangre derramada, si la púrpura de la sangre servía a exaltar y perpetuar el fulgor de su genio y a dilatar el señorío y la grandeza de su patria española? ¿Qué importaba tampoco la sangre derramada a un fray Bartolomé de Olmedo, vale decir a la fé ruda, heroica y sombría de la época, si con derramarla se alcanzaba a integrar todo un Nuevo Mundo en el reino del Cristo?

Asimismo, fuera de la tragedia de Hauptmann, en la otra, en la todavía sangrienta y palpitante tragedia de Europa, cada uno de los personajes, cada una de las naciones puede interpretar el *¿Was bedeutet Menschenblut?* conforme a su propio ideal, tam-

(1) *Was bedeutet* se traduce literalmente, *¿qué significa?*, o *¿qué quiere decir?* lo que en el texto se halla en el sentido de *¿qué importa?*